¿HEMOS LLEGADO YA?
R. L. STINE



Digitalizado por LIBROdot.com
http://www.librodot.com

INTRODUCCIÓN

Durante las vacaciones de verano, mis padres solían llevarnos a hacer largas excursiones en coche. Mi hermano y yo, apretados en el asiento trasero, nos pasábamos todo el viaje discutiendo y peleándonos.

Por el camino mamá nos iba señalando todas las vacas y caballos que veía, y papá, invariablemente, terminaba perdiéndose. ¡Cómo odiábamos aquellos viajes!

Siempre había alguno de los tres que decía:

-Yo me bajo.

- ¡Por mí, no hay inconveniente! -solía decir mamá-. Nadie dijo que fuera un viaje de ida y vuelta. No tenéis por qué volver con nosotros.

Lo decía de broma, pero yo siempre me preguntaba qué sucedería si fuera en serio.

Mi hermano, Artie y yo habíamos salido de excursión en coche con mis padres, a regañadientes. Estábamos enfadados y no teníamos intención de disimularlo.

-¿Hemos llegado ya? -protestó Artie, encorvado junto a mí en el asiento trasero.

Mamá se echó a reír.

-Pero si acabamos de sacar el coche del garaje, Artie.

- ¿Y cuándo vamos a llegar? -insistió mi hermano.

- Cuando lleguemos, llegaremos -respondió papá, reduciendo la velocidad para detenerse en un semáforo. A papá le gusta hablar de modo enigmático. A mí no me gustan nada los enigmas. Me gustan las cosas claras.

-¿A qué viene este viaje tan tonto?

-Estamos de vacaciones -respondió mamá.

-Pero en vacaciones nosotros siempre vamos a la playa -repliqué.

-Pues este año, no -intervino papá, sin apartar la vista de la carretera.

Artie, a mi lado, se había recostado en el asiento y jugaba con la Game Boy que reposaba sobre sus rodillas.

-Richie Corwin salió de excursión en coche con sus padres la semana pasada - anunció Artie.

-¿Y lo pasó bien? -preguntó mamá.

-No lo sé -respondió Artie, encogiéndose de hombros - . Todavía no ha vuelto.

Papá adelantó a varios coches y se metió en el carril central de la carretera.

-Pam y Kelly también se fueron a hacer una larga excursión en coche este verano agregué yo. -¿Lo ves, Tammi? ¡Está de moda! -dijo mamá.

-¿Y ha regresado alguno de los dos? -preguntó papá.

Algo en su pregunta me hizo cavilar. Su voz sonaba extraña, como tensa.

-No. Aún no -respondí.

-¿Dónde estamos? -pregunté-. Hace horas que salimos y no hemos visto más que granjas y campos.

-Esta región es muy grande -respondió papá. Me incliné hacia ellos, agarrado al respaldo del asiento de mamá.

-Venga, dadme una pista de adónde vamos. Sólo una pista. -Alargué el brazo para coger el mapa que mamá tenía desplegado sobre la falda-. Déjame ver dónde estamos.

-Aquí. -Mamá cogió el mapa e hizo la payasada de siempre: lo desplegó, le dio la vuelta a uno y otro lado, lo arrugó, lo planchó, lo puso del revés, del derecho.

Papá se echó a reír. Le encantan las payasadas de mamá.

Al final, harto ya, intenté arrancarle el arrugado mapa de las manos... ¡y lo rompí por la mitad! Papá y mamá se echaron a reír a carcajadas.

-Ahora tenemos dos mapas - observó papá-. ¡O sea que debemos de estar en dos sitios a la vez! Lo que acababa de decir no tenía ningún sentido.

- ¡Nos hemos salido del mapa! -exclamó mamá. Más carcajadas. Pero la risa cesó de inmediato cuando oímos gritar a Artie, despavorido:

- ¡Para el coche! ¡Para, papá!

Papá frenó bruscamente. El coche derrapó con gran chirrido de neumáticos, se salió de la carretera y fue a parar entre la hierba.

Agarré la manija de la puerta, tiré de ella y abrí enseguida.

- ¿A qué demonios viene esto? -oí exclamar a mamá.

Pero yo ya salía pitando y corría entre la hierba tras el perro que Artie y yo acabábamos de ver por la ventanilla del coche.

- ¡Ven, bonito..., ven! ¡No tengas miedo! -lo llamaba Artie.

El perro estaba parado en el borde de la carretera.

Pasó un camión a todo trapo y le levantó el pelo del lomo, de un color blanco arenoso.

-Creo que es un collie - observé jadeante, aproximándome.

- ¿Estará perdido, o crees que lo habrán abandonado en la carretera?

Volví la vista atrás y vi a mis padres junto al coche, con las puertas abiertas, contemplándonos con los brazos en jarras.

- ¡Buen chico! ¡Buen chico! -le decía Artie con dulzura, agachándose.

Era un collie bastante grande, con una abundante pelambrera, toda enmarañada. Inclinó la cabeza, arrimó el hocico a la mano de Artie y comenzó a lamérsela. Yo le acaricié el lomo.

A Artie y a mí los perros nos adoran, y nosotros adoramos a los perros. Mamá dice que nuestra relación con los perros es tan especial porque somos casi tan inteligentes como ellos. Al parecer, es una broma.

Pero para nosotros son algo muy serio. Los perros son animales fantásticos, muy cariñosos. Y necesitan que personas como Artie y yo cuiden de ellos.

Ésa no era la primera vez que mi hermano y yo obligábamos a papá a parar el coche por haber visto un perro corriendo suelto por la carretera. Una vez presenciamos cómo una furgoneta atropellaba un pequeño terrier precioso, y las pesadillas nos duraron semanas. No conseguía quitarme de la cabeza el espantoso aullido que lanzó el perrito cuando las ruedas le pasaron por encima.

Acaricié el lomo del collie y le busqué el collar. Nada. No llevaba collar, ni identificación de ninguna clase.

Tenía los ojos marrones, unos ojazos como nunca había visto en mi vida.

- ¿Quién habrá podido abandonar a una preciosidad así? -dije, frotándole las orejas.

Los coches circulaban a toda velocidad y, por si acaso, Artie y yo apartamos al perro de la carretera.

- ¿Ya estamos otra vez? - suspiró papá cuando llegamos al coche-. ¿Ahora tendremos que devolverlo a su dueño?

-No podemos -respondí-. No lleva collar. Tendrá que venirse con nosotros.

- ¡No hay sitio! -protestó mamá-. Uno de vosotros dos tendrá que hacer el camino andando.

- ¡Yo! -se ofreció Artie, levantando la mano.

Una camioneta azul entró en el arcén, se metió dando tumbos entre la hierba y se detuvo detrás de nuestro coche. El conductor, un chico joven con el pelo largo y desgreñado y barba de tres días, asomó la cabeza por la ventanilla.

- ¡Eh, Fletch! -gritó, haciendo una señal al perro- . ¡Ven aquí, Fletch! ¡Chucho desobediente!

El collie escapó de las manos de Artie, voló entre la crecida hierba sacudiendo alegremente la cola y se plantó de un salto en la parte trasera de la camioneta.

El chico se volvió hacia nosotros.

- ¡Gracias! -dijo, alzando el pulgar en ademán de agradecimiento-. Este perro siempre está dándome sustos.

Apretó el acelerador, dio un brusco viraje y regresó a la carretera mientras Artie y yo le decíamos adiós con la mano.

Paramos a cenar en un restaurante que se llamaba La Barbacoa. Artie y yo estábamos muertos de hambre y devoramos el pollo asado con puré de patatas. Estábamos comiendo cuando levanté la vista y observé que papá y mamá no habían probado bocado.

No tenemos hambre -aclaró mamá.

Entonces caí en la cuenta de que tampoco estaban muy comunicativos. Artie y yo no parábamos de preguntar adónde nos dirigíamos.

- ¡Dadnos una pista por lo menos! - suplicamos. Pero no querían seguirnos el juego.

Se pasaron la cena lanzándose miraditas. Incluso pillé a papá estrechando la mano de mamá bajo la mesa. Pero la soltó en cuanto advirtió que yo los observaba.

- ¿Qué os pasa? -les pregunté.

Papá se encogió de hombros.

-Nada. Cansado de tanto conducir.

- Probad esas verduras -nos instó mamá-. En nuestra región no las hay.

Artie bajó la vista hacia la masa verde amontonada en su plato y puso cara de asco. Puaj. Tienen una pinta asquerosa.

-Venga, hombre. Pruébalas -insistió papá-. Hay que ser valiente.

-Sí. Valiente -repitió mamá. Y de pronto vi que le caían lágrimas por las mejillas-. Tenéis que ser muy valientes.

-Mamá, ¿qué te pasa? -pregunté.

Pero ella dio media vuelta rápidamente, secándose las lágrimas.

Me volví hacia mi padre, y se encogió de hombros.

- Termina de cenar -dijo - . Aún quedan muchos kilómetros por delante hasta que paremos para dormir.

Después de la cena tomamos dirección oeste, hacia el sol poniente. El resplandor rojo del crepúsculo inundaba el parabrisas. Luego, de buenas a primeras, nos encontramos circulando a través de una densa e irreal oscuridad.

Debí de caer dormido. Una fuerte sacudida me despertó bruscamente y di un grito: papá había girado por un camino de gravilla. En la oscuridad, vislumbré un parpadeante letrero de neón rojo y verde. La bombilla de la L se había fundido y donde debía decir MOTEL LA VERA, se leía MOTE LA VERA.

Escudriñé por el cristal de la ventanilla y vi un edificio largo y bajo con las ventanas a oscuras, y una hilera de puertas. En la única ventana iluminada había un letrero que decía: RECEPCIÓN. Papá paró enfrente. Artie se incorporó, súbitamente despabilado.

-¿Aquí es donde vamos a dormir? ¿Habrá sala de videojuegos?

Mamá bostezó.

-Ya es tarde para videojuegos -respondió suavemente-. Hemos hecho un viaje muy largo, y seguro que enseguida caéis dormidos.

A Artie y a mí nos dieron una habitación para nosotros solos. Mamá no se equivocó: estábamos tan agotados que en cuanto nos metimos bajo las delgadas mantas, enseguida caímos dormidos.

A la mañana siguiente me despertó la luz grisácea y fría que se filtraba a través de la polvorienta ventana. Me desperecé, intentando recordar dónde estaba. El colchón era tan duro que tenía la espalda molida.

Eché un vistazo al reloj. Las nueve pasadas.

«Qué raro -pensé - . Es muy tarde. A papá y mamá les gusta salir temprano. ¿Por qué no nos habrán despertado ?»

Sacudí a Artie para despertarlo.

-¿Qué pasa? -preguntó, parpadeando.

-Nos hemos dormido - respondí- . Vamos a buscar a papá y mamá.

Salimos fuera, bostezando. Hacía fresco y el cielo estaba nublado. Llamé con los nudillos a la habitación contigua, donde dormían nuestros padres, y se entreabrió la puerta. ¿Habrían olvidado echar la llave?

-¿Mamá? ¿Papá?

No hubo respuesta. Artie abrió la puerta de par en par y entramos. ¡Anda! -exclamé estupefacto.

En la habitación no había nadie, y la cama ya estaba hecha.

-Nos hemos equivocado de habitación -dijo Artie.

Al salir al exterior, me cayó un goterón en La frente, y otro en el pelo. Nos dirigimos hacia la habitación contigua del lado opuesto.

-¿Mamá? ¿Papá? -dije, llamando con los nudillos. Tampoco había nadie dentro.

Tendí la vista por la larga hilera de habitaciones. ¿En cuál estarían mis padres?

-Mejor que preguntemos en recepción - sugerí.

Dimos la vuelta y nos dirigimos a paso rápido hacia recepción. Artie se detuvo de pronto y apuntó con el dedo hacia el aparcamiento.

- ¿Eh? -Recorrí el lugar con la vista. Vi un enorme camión de color plateado aparcado

en un extremo. Pero ni un vehículo más...

-¿Y nuestro coche? -pregunté con apenas un hilo de voz.

Contemplamos el aparcamiento, boquiabiertos.

-Habrán salido a por el desayuno - respondió Artie.

-Es posible -repliqué sin mucho convencimiento. El corazón me palpitaba con fuerza-. Pero nos habrían avisado.

-Bueno... Pues no se pueden haber esfumado así como así.

Tragué saliva. De pronto sentí la boca seca.

Llamé con los nudillos a la puerta de recepción y escudriñé a través del cristal.

-Prueba a ver si se abre la puerta. Entramos y ya está -dijo Artie.

Giré el pomo, empujé la puerta y pasamos al interior. Dentro olía a cerrado y a humedad.

Eché un vistazo rápido. Estantes vacíos, una mesa desnuda y una máquina de refrescos con un cartel: NO FUNCIONA.

Y entonces reparé en el hombre con gorra azul y camisa roja a cuadros tras el mostrador de madera oscura. Estaba de espaldas a nosotros, de cara a la pared. •

Carraspeé sonoramente, pero no se volvió.

-Hola... Buenos días - saludé.

El tipo continuó inmóvil.

-Oiga... Perdone -intervino Artie. Luego pulsó el timbre que estaba sobre el mostrador. Tintineó una vez. Y otra.

Ni por ésas se movió. «Seguro que está sordo», pensé.

- ¿Señor...? -Me acerqué al fondo del mostrador-. ¿Oiga?

Estaba encorvado sobre un alto taburete de madera, con los hombros encogidos y la gorra en lo alto de la cabeza. Y la cara... la cara...

Retrocedí dando un traspiés hasta topar con la pared y lancé un chillido: ¡No tenía! ¡No tenía cara! Bajo la gorra sólo había una calavera amarillenta con dos oscuras cuencas vacías y la mandíbula entreabierta en una desdentada mueca.

-Tammi..., ¿qué te pasa? -preguntó Artie con voz chillona.

Lo agarré de la mano rápidamente y salimos corriendo.

-¿Qué pasa? ¿Qué tienes? -preguntó Artie con inquietud.

-Te... te... -Las palabras no me salían de la garganta-. ¡Tenemos que salir de aquí!

-Pero... ¿y papá y mamá? -dijo Artie-. El señor de recepción...

- ¡No es un señor! -grité-. ¡Es un esqueleto! Artie se quedó boquiabierto.

La cabeza me daba vueltas. Respiré hondo y contuve el aliento. Escudriñé la carretera, primero en una dirección, luego en otra. No había ningún vehículo a la vista.

¿Dónde se habían metido? ¿Dónde?

-Tenemos que llamar a la policía -dije-. Que nos ayuden, que vengan y nos ayuden a buscar a papá y mamá y...

-Podemos llamar por el teléfono de la habitación -sugirió Artie.

La lluvia empezaba a arreciar. Salpicaba al caer sobre el rojo tejado de hojalata y las gotas repiqueteaban sobre la gravilla del aparcamiento.

Entramos corriendo en la habitación. Agarré el teléfono de la mesita de noche y me llevé el auricular al oído. Silencio. No daba señal alguna. Pulsé el O. Pulsé el 911. Nada.

-No hay cable -dijo mi hermano. Me quitó el teléfono de las manos-. ¿Ves? No está conectado a ningún sitio.

Artie arrojó el teléfono sobre la cama y corrimos otra vez fuera. Miré nuevamente hacia el aparcamiento, rezando por que entrara un coche en ese instante.

-Pero ¿dónde se han metido? - preguntó Artie con voz crispada.

Agaché la cabeza para protegerme de la lluvia y conduje a mi hermano hacia la carretera.

-Tiene que haber un teléfono en alguna parte -dije-. Si entretanto vuelven, ya nos

esperarán.

Las suelas de mis zapatos crujían sobre la gravilla mojada. Mientras caminábamos, me vino de pronto a la mente el recuerdo de una escena de la noche anterior. Las lágrimas resbalaban por las mejillas de mamá y ella decía: «Tenéis que ser valientes.»

¿Qué habría querido decir con eso? ¿Sabría ya entonces que nos iban a abandonar?

Tonterías. Papá y mamá nunca nos abandonarían.

Artie y yo nos detuvimos al borde de la carretera. No venían coches en ninguna dirección. Hice visera con una mano para protegerme de la lluvia y oteé el horizonte. El extenso prado que se extendía al frente parecía no acabar nunca. A lo lejos, bajo la plomiza luz, vislumbré el borroso perfil de un edificio oscuro. ¿Sería una granja?

Apoyé una mano sobre el hombro de Artie, y con la otra señalé hacia la casa.

- Quizás allí tengan teléfono para llamar. Artie temblaba. Sus rubios cabellos y los hombros de su sudadera estaban empapados.

- ¡Vamos! -dijo.

Cruzamos la carretera corriendo y nos metimos en el prado. La tierra estaba esponjosa y encharcada y los zapatos se nos hundieron en el barro. Yo no le quitaba el ojo a la casa. Divisé junto a ella otras edificaciones más pequeñas.

Oí el rugido de motores a nuestra espalda. ¿Sería nuestro coche? Volví la cabeza y vi pasar dos grandes camiones de color rojo y negro a toda velocidad. Suspiré decepcionado y continué andando.

Un cementerio apareció de repente ante nuestros ojos, y Artie y yo dimos un respingo, sobresaltados. Habría al menos seis o siete hileras de lápidas, hundidas en la hierba. Estaban torcidas y resquebrajadas, y algunas en el suelo.

- ¿A quién se le habrá ocurrido levantar un cementerio en medio de un prado? -preguntó Artie.

-Quizá sea para la gente de esa granja - respondí, señalando hacia la casa a lo lejos.

Artie se había inclinado para descifrar la inscripción de una de las viejas lápidas, cuando oí un sonoro chirrido, como una puerta con los goznes oxidados al abrirse.

- ¡Artie! - exclamé, ahogando un grito al ver que una de las lápidas se venía abajo de golpe.

-No te pongas nervioso -dijo Artie-. La lluvia ha reblandecido el suelo, por eso se ha caído.

Oí un segundo crujido, muy largo, y vi caer otra lápida. Se me hizo un nudo en la garganta. Entonces oí algo que se resquebrajaba. Una voluminosa lápida cayó al suelo con gran estruendo.

Artie se puso en pie de un salto y vino hacia mí.

-¿Qué pasa?

-No... no lo sé.

Entonces observé que junto a una de las lápidas caídas saltaba tierra por los aires. Y oí un largo y profundo gemido. ¡Un gemido que surgía de debajo del suelo!

Me quedé paralizado. Entonces vi que la tierra se agrietaba y se abría frente a otra tumba, y que su alta lápida se desplomaba hacia atrás.

- ¡Ayyyyyyy! -se oyó a mis espaldas. Y tras el gemido, un leve lamento. Y luego otro, un aullido de dolor bajo la superficie.

- ¡Esto es una pesadilla! -exclamó Artie horrorizado-. ¡Una pesadilla!

Salimos disparados, a todo correr, agitando los brazos y jadeando a través del campo encharcado y dando traspiés en la hierba mojada... hasta que de pronto sentí que me hundía.

Miré hacia Artie y vi que también él se estaba hundiendo. Forcejeaba desesperado con los brazos intentando levantarse, pero el barro le llegaba ya a la cintura y la tierra parecía tragárselo por momentos.

- ¡Son... son como arenas movedizas! -aullé.

Nos hundíamos cada vez más. Un barro frío y espeso ascendía por mi cuerpo. Empecé a

dar patadas e intenté desesperadamente aferrarme al suelo para no seguir hundiéndome. Pero fue en vano. Un pozo sin fondo de viscoso lodo nos estaba succionando. ¡Íbamos a ahogarnos en él!

- ¡Tammi..., haz algo! ¡No... no puedo salir a flote...! -De repente cesaron los agudos gritos de Artie.

- ¡Aguanta! ¡Aguanta! - exclamé. El fango me llegaba a las axilas. Palpé a tientas la superficie, desesperado, y mis dedos dieron con un objeto duro. ¿La raíz de un árbol?

¡Sí! Me así a ella con fuerza y comencé a subir.

La raíz me resbaló de las manos y volví a caer. Pero me aferré a ella de nuevo y me icé con fuerza, con todas mis fuerzas, hasta que por fin subí a la superficie.

Fui hasta Artie, mirando muy bien por dónde pisaba. Lo agarré por las manos, tiré de él y lo saqué del espeso lodo.

Otra vez echamos a correr desesperados, abriéndonos paso como cangrejos en la arena, chorreando lodo.

- ¡Socorro! ¡Ayúdennos! -grité al alcanzar la rústica granja de madera.

Nos respondió el feroz ladrido de un perro. No. De un perro no, de varios. Ladraban furiosos.

- ¡Perros... por ahí! - exclamó Artie, señalando hacia un cobertizo de techo bajo situado tras la casa.

-¿Hay alguien? - grité, haciendo bocina con las manos-. Ne... necesitamos ayuda.

Me dirigía hacia el porche delantero, pero Artie tiró de mí.

-Esos perros -voceó, haciéndose oír entre los feroces ladridos

- ... ¿Quién habrá sido capaz de encerrarlos en un cobertizo tan pequeño? No podrán ni respirar ahí dentro. Están pidiendo auxilio.

Tiré de Artie hacia la casa.

- ¡Quienes estamos pidiendo auxilio somos nosotros! Papá y mamá...

Pero Artie corría ya hacia el cobertizo. Imposible discutir con él tratándose de perros. Resignado, salí pitando tras él.

Alcanzamos la puerta del cobertizo al mismo tiempo. Los perros seguían ladrando ferozmente. Artie agarró el pomo de la puerta.

- ¿Estás seguro de lo que vas a hacer? -dije, tirándole del brazo.

Artie asintió con la cabeza.

-Estos perros están en peligro. Y no me dan ningún miedo. Nosotros les gustamos a los perros, ¿recuerdas?

-Sí, pero...

Artie tiró de la puerta del cobertizo. Dos perrazos guardianes de color negro, grandes como panteras, vinieron hacia nosotros con los ojos rojos de furia y enseñando los dientes.

Yo chillé, retrocedí dando un salto y caí de rodillas. Artie se cubrió la cabeza.

Los rabiosos perros parecieron quedar suspendidos un instante en el aire y se desplomaron en el suelo.- ¡Están... están atados con cadenas! -dije jadeando.

Los perros no pudieron salir corriendo. Estaban sujetos con cadenas por el cuello. Habían bajado la cabeza y nos miraban rabiosos, ladrando ferozmente.

De pronto, un hombre a nuestras espaldas dijo en voz alta:

-LO SIENTO. HABÉIS SUSPENDIDO.

- ¿Eh? -Artie y yo giramos sobre nuestros talones. Nos encontramos ante un joven de pelo oscuro y piel bronceada, con el pelo engominado y peinado hacia atrás. Vestía un traje gris marengo, camisa blanca y corbata. Y se protegía la cabeza con un paraguas, aunque ya apenas lloviznaba.

Escruté la pequeña chapa prendida de la americana: JUEZ OFICIAL.

-Tammi y Artie, me temo que habéis suspendido la prueba - anunció sacudiendo la cabeza.

- ¡No! ¡Se lo ruego! -Reconocí la voz de mamá. Entonces vi a mis padres, que se

acercaban corriendo desde el otro extremo de la casa-. ¡Se lo ruego! ¿No podría darles otra oportunidad?

- ¡Sí, concédales una segunda oportunidad! -pidió papá.

Los perros rugían a nuestras espaldas. El juez bajó el paraguas.

-Lo siento. No hay oportunidad que valga. Han suspendido.

-Pero... pero... -farfulló mi madre.

-¿De qué estáis hablando? -grité.

Papá lanzó un suspiro y sacudió la cabeza.

-Todos los niños han de pasar por la prueba de la excursión en coche -me aclaró con apenas un hilo de voz-. El gobierno ha exigido que se examine la valentía e inteligencia de toda la población infantil.

-Pero... ¿por qué?

-Porque empieza a faltar espacio -respondió mi padre, bajando la vista-. La comida escasea, todo escasea. No hay suficiente para todos. El gobierno ha decidido que no quedaba otra opción. Sólo los más audaces e inteligentes sobrevivirán. Sólo ellos podrán... regresar con sus familias -agregó con la voz rota.

Mamá se abrazó a él entre llantos.

-Habéis suspendido por abrir esa perrera -anunció el juez-. Superasteis la prueba del cementerio y la de las arenas movedizas, pero luego deberíais haber entrado en la granja en lugar de acercaros a esas fieras y abrirles la puerta. Habéis demostrado ser valientes, pero no inteligentes. Lo lamento -añadió, sacudiendo la cabeza-. Vuestros padres tendrán que regresar a casa solos.

Mamá rompió a llorar, desconsolada. Papá también lloraba.

-Un momento -intervino Artie-. ¿Y si demostramos que también somos inteligentes?

Miré a Artie. Artie me miró a mí. Supe que estábamos pensando exactamente lo mismo.

-Demasiado tarde -replicó el juez - . Venid conmigo.

Pero en lugar de obedecerle, mi hermano y yo hicimos algo muy, pero que muy inteligente. Agarramos las cadenas y soltamos a los perros.

Ambos pasaron de largo ante nosotros (les caemos bien a los perros) y, gruñendo ferozmente, fueron directos hacia el juez. Lo arrojaron al suelo. Se abalanzaron sobre él, dando dentelladas, forcejeando; arrancándole la ropa a tiras y clavándole los colmillos en el cuerpo.

- ¡De acuerdo! ¡Aprobados! -gritó el juez, tirado en el suelo boca arriba, pataleando e intentando sacudirse de encima a los perros - . ¡Habéis pasado la prueba! ¡Podéis volver a casa con vuestros padres, pero sacadme de encima estos perros! ¡Sacádmelos de encima!

Evidentemente, no nos costó ningún trabajo conseguir que los perros dejaran en paz al pobre hombre. Los perros siempre nos obedecen. Le habíamos salvado la vida al juez, y él así lo comprendió.

Después de aquello, el viaje de regreso a casa con papá y mamá resultó de lo más divertido. Muy relajado. Nos reímos mucho e hicimos muchas bromas. Mamá incluso repitió la payasada del mapa, y todos nos partimos de risa.

Habíamos pasado un mal trago, claro está. Habíamos vivido momentos de verdadero pánico, pero Artie y yo tuvimos que reconocer que aquélla había sido la mejor excursión en familia de toda nuestra vida.